

confirmar aspectos que por los lógicos inconvenientes de una excavación antigua, han quedado algo oscuros. La revisión ha sido llevada a cabo por un equipo de investigadores de primera línea, y los resultados, con las limitaciones ya señaladas, difícilmente podrían haber sido mejorados. No queda pues sino felicitar a los autores y a la *Biblioteca Praehistórica Hispana* por la ejecución científica y material de esta obra, que sin duda marcará un hito en la investigación del Paleolítico Cantábrico.—J. A. MOURE ROMANILLO.

FERNANDEZ-TRESGUERRES VELASCO, J. A., *El Aziliense en las Provincias de Asturias y Santander*, Centro de Investigación y Museo de Altamira, Monografías, 2, Santander, 1980, 209 pp., 62 figs.

La obra constituye la tesis doctoral de su autor, realizada bajo la dirección del profesor Almagro Basch, y defendida en la Universidad de Valladolid en junio de 1980. Actuó como ponente el profesor Balil Illana, e inmediatamente después ha sido publicada por el Ministerio de Cultura dentro de la serie monográfica del Centro de Investigación y Museo de Altamira.

No es preciso señalar el interés objetivo del tema, que resulta a todas luces evidente, sino, y sobre todo, la indudable oportunidad de su elección. Como el propio autor señala en el prólogo, los trabajos que desde 1973 dirige en el yacimiento asturiano de Los Azules I, sirvieron para iniciar un camino no demasiado conocido, para él y para la casi totalidad de los prehistoriadores. La mayor parte de la información, o era escasamente utilizable por tratarse de trabajos antiguos, o poco significativa, desde un punto de vista cronológico, por ser niveles únicos que no permitían conocer la evolución interna de este complejo industrial. En este sentido, conviene destacar la importancia de dos estratigrafías «largas» pertenecientes al Aziliense, el Piélagos (Santander), por desgracia inédito desde 1967, y Los Azules I, de cuyo estudio y publicación se viene ocupando el propio autor.

El trabajo comienza con un apartado historiográfico en que se pasa revista a los antecedentes de la investigación del Epipaleolítico Cantábrico, desde Asturias al País Vasco, analizando las importantes aportaciones de investigadores como Vega del Sella, Carballo, Breuil, Obermaier, Aranzadi, Barandiarán y Eguren. Todas estas excavaciones, más o menos antiguas, son la base de una serie de interpretaciones sobre la filiación cultural del Aziliense de la Costa Cantábrica, que son analizados por Fernández-Tresguerres en su capítulo II.

El grueso del trabajo es el estudio de yacimientos y materiales de las provincias de Oviedo y Santander. En Asturias el interés principal se centra en la ya citada estación de Los Azules I, primera cueva de un grupo situado cerca de Cangas de Onís. Su importancia reside, sobre todo, en la presencia de una rica estratigrafía, en que varias capas azilienses se superponen al Magdaleniense con arpones, en los estudios palinológicos y paleoecológicos realizados, y en la presencia de un enterramiento, aspectos que son analizados pormenorizadamente en distintos capítulos.

En todos los yacimientos en que es posible se comienza con la descripción de los resultados de antiguas excavaciones, se continúa con la revisión de los materiales, y —en su caso— se termina con la exposición de los resultados de excavaciones modernas. El estudio del instrumental lítico se realiza de acuerdo con la léxico-tipología y representaciones gráficas de Sonneville-Bordes y Perrot. Por desgracia, escasean las secuencias estratigráficas largas, pero los niveles de El Pendo, Morín, La Chora y El Otero proporcionan valiosa información paleoecológica que ayuda a su correcta localización con respecto a

episodios climáticos del Tardiglacial y del Postglacial. La configuración del Aziliense en la región objeto de estudio se inicia con una revisión del medio ambiente, y en concreto del clima, la flora y la fauna en los distintos episodios del Tardiglacial, desde la oscilación de Alleröd, en que aparecen los primeros niveles azilienses en Francia, hasta el Boreal. Las distintas oscilaciones climáticas se corresponden con cambios en los ecosistemas terrestres y variaciones en el nivel del mar, cambios que inciden de forma distinta en las culturas que se desarrollan en cada uno de los momentos. El capítulo XI se ocupa de aspectos paleoetnográficos, como el habitat y la economía, aspectos que son continuación de los del Paleolítico Superior, si bien la caza y la recolección se adaptan, obviamente, a los nuevos ecosistemas.

El estudio de la cultura material se inicia con el del material lítico, analizando la reducción en tamaño y número de tipos desde el Paleolítico Superior a través de su comparación con el de yacimientos magdalenenses recientemente excavados. Para el autor, lo que a veces se ha llamado «azilienización» no es sino un proceso de racionalización técnica que busca una mayor eficacia. La industria ósea es reducida y escasamente variada, en la que —aparte de los típicos arpones, cuya variabilidad es planteada por el autor— aparecen azagayas, punzones, colgantes naturales y algunas espátulas. El arte mueble aziliense, cuya problemática es planteada más adelante, no se reduce a los conocidos cantos pintados, sino que también aparecen motivos incisos sobre hueso o asta. Especial mención se merecen las espátulas decoradas, muy semejantes entre sí, de Rascaño y Los Azules, cuyos temas tal vez merezca la pena señalar que aparecen también en el arte parietal, y en algún caso (La Chora) son ya conocidos en el Magdaleniense Final.

El ritual funerario de los hombres del Aziliense sólo puede reconstruirse en el caso del hallazgo de Los Azules. Aparte de la descripción de los trabajos, posición estratigráfica y cronología absoluta (no olvidemos que es la única inhumación conocida en España y una de las pocas de Europa), se presta especial atención a la división del ajuar en varios conjuntos. Como es normal en los enterramientos, estas ofrendas están compuestas por los mismos elementos de la cultura material localizados en el habitat, en el convencimiento, tal vez, de que el rito funerario es un *tránsito* a una existencia posterior que es prolongación de la vida, y por tanto de su actividad.

El repertorio de fechas absolutas va evidenciando cada vez más una serie de hechos, que, si bien habían sido apuntados, precisaban de nuevos datos radiocarbónicos y palinológicos. La transición del Magdaleniense Final al Aziliense cantábrico se produce notablemente más tarde que en el Suroeste francés; las fechas azilienses más antiguas, en Zatoya (que además se encuentra en el sector más oriental de la región estudiada) son casi un milenio más recientes. Por otro lado, las dataciones del Magdaleniense Final del nivel 24 de La Riera (Asturias) y del nivel D de Urriaga (Guipúzcoa) son coetáneas e incluso más bajas que algunas del Aziliense francés.

Finalmente, se replantea el propio concepto de Aziliense, no como revolución, sino como cambio. Desde un punto de vista tecnológico, el instrumental lítico aziliense presenta serias diferencias respecto al Magdaleniense, en especial por su tendencia al microlitismo y a la simplicidad, pero también existen rasgos comunes. En el caso del arte, parece claro un cambio de mentalidad, al menos a través de las obras en material no perecedero, evidenciado en el abandono de las cuevas para los ritos o ceremonias y en la desaparición del arte naturalista, aunque hay formas de expresión simbólicas y abstractas que tienen sus raíces en el Paleolítico Superior y representan un proceso de abstracción propio de mentalidades evolucionadas. Desde un punto de vista económico. Azilienses y Asturienses siguen siendo cazadores-recolectores, pero cambian los criterios de selección de especies e individuos capturados. Los primeros son consecuencia de las

transformaciones ecológicas, mientras que para la elección de individuos se tiende a los ejemplares más jóvenes, lo que tal vez pueda situarse en los orígenes del largo proceso que dará lugar, primero a la cría y más tarde a la domesticación de animales, propia del Neolítico. Para Fernández-Tresguerres el Aziliense no puede considerarse como una degeneración del Magdaleniense, sino como el arranque de una evolución que, en la zona, sería truncada por unas condiciones demográficas y ambientales menos favorables que en Próximo Oriente.

La obra constituye pues una aportación tan fundamental como necesaria al conocimiento de las industrias postglaciares de la Península Ibérica, que incorpora un planteamiento nuevo del concepto de Aziliense y de su papel como final de un mundo y comienzo de otro nuevo. Terminamos pues felicitando tanto al autor como a la institución que ha publicado su obra, que sin duda está destinada a marcar un hito en la investigación del Paleolítico-Epipleolítico Cantábrico.—J. A. MOURE ROMANILLO.

STEINGRABER, Stephan, *Etruskische Möbel*, Roma, Giorgio Bretschneider, 1979.

Esta obra replantea con amplitud la temática del mobiliario etrusco que, de modo sumario tratara G. M. A. Richter en sus estudios sobre el mobiliario antiguo.

En la obra se definen claramente dos partes, un catálogo de representaciones y restos de muebles que incluye ochocientas referencias e intenta ser exhaustivo, dentro de lo que cabe. De otra el estudio y tipología del mobiliario concretado en lechos, tronos y mesas. Dentro de ellos se establece una tipología, p. e. seis tipos de camas o lechos, y se intenta distinguir posibles variantes locales. La distribución acusa en realidad una posible falacia al ser resultante del estado de investigación en ciertos territorios de Etruria. Como era de preveer tras los estudios de Richter las fuentes de inspiración se hallan en Oriente, materiales orientalizantes, y en Grecia con el doble aspecto de importación e imitación local inspirada en aquélla.

En contra de la opinión del autor creo que las relaciones entre el mobiliario etrusco y el romano deben buscarse más que en una «transmisión directa» en la vinculación común con lo helenístico aunque en el caso de Roma este helenismo, en parte, más que de transmisión directa, fue mediato a través del helenismo suditálico.—ALBERTO BALIL.

COMELLA, A., *Il materiale votivo tardo di Gravisca*, Roma, Giorgio Bretschneider, Roma, 1978, 4.º, 103 pp., XXXIX láms.

Este libro está dedicado a los exvotos del santuario de Gravisca entre el 400 y 250 a. C.

Circunstancias profesionales me han obligado a excavar un depósito votivo, si más pobre en su material pero cuyo origen pudiera remontarse a este momento y alcanzar en su mayoría tiempos más cercanos, quizás postsilanos, en Gabii. En tales depósitos el material es variopinto y une lo masculino a lo femenino y las posibilidades de identificación han sido fundamentalmente anatómicas. Esto explica de antemano las dificultades de Eugenia Aubet, Germán Delibes y yo de intentar en aquel conjunto variopinto análisis estilísticos y, menos aún valorar un material asociado que comprendía desde el «bucchero» asociado, a cerámicas silanas o postsilanas. Ojos, «falos», «úteros», bazos e intestinos se hallaban con divinidades masculinas y femeninas, *deanutrices* y parejas divinas.

Este libro es, fundamentalmente un catálogo en este sentido pero establece una dife-